

**Mallearel, Jorge Mario**

*Dioniso : el dispensador de la bebida ambigua*

*I Jornadas : Literatura, Crítica y Medios : perspectivas 2003*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Mallearel, Jorge Mario. "Dioniso: el dispensador de la bebida ambigua." Ponencia presentada en las Jornadas de Literatura, Crítica y Medios: perspectivas 2003, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2003. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/dioniso-el-dispensador.pdf>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

## **Dioniso: el dispensador de la bebida ambigua**

Jorge Mario Mallearel  
Universidad de Morón

### **Introducción**

Un dios es siempre lo distinto al hombre, la alteridad más absoluta. Sin embargo, entre los dioses, también hay rasgos profundos que los diferencian. Nosotros intentaremos explicar, desde la relación de Dioniso con el vino, cómo dicha divinidad transpareta, por medio de su poder, su particular modo de distanciamiento. Para tal fin, pensaremos en sus metamorfosis y en el carácter mutable de sus apariciones, que se manifiestan, no sólo en él, sino también en la fuerza oculta del vino, la cual puede producir un cambio tal en los bebedores que, si no está bien mezclada, estos andarán encorvados, debido al líquido en estado puro.

Nuestro objetivo será plasmar, desde el mito dionisiaco, sus epifanías y su estrecha vinculación con la vid, su carácter ambiguo, el cual parece ser la representación más acabada de la vida imperecedera. Para ello, presentaremos ciertos pasajes que exhiban, desde ese elemento material que es el vino, su naturaleza ambivalente; sabiendo, igualmente, que este signo no acota lo que representa Dioniso para la cultura griega. Como escribiera Kerényi: "Su presencia se reconoce por la conjunción de varios signos que se muestran juntos. Así se concreta su atmósfera característica" (Kerényi, 1994: 50).

Además, dicho recorrido nos permitirá destacar en Dioniso, hijo de Zeus y la humana Semele, que su asociación con la vid no es casual, sino que responde a necesidades vitales; por tal motivo, resaltaremos términos tales como: vida, (recurriendo a sus dos acepciones), norma, poder, medida, reconocimiento, términos cuyas valoraciones semánticas se tornan funcionales tanto a la divinidad como al fruto.

### **Dioniso: portador de la bebida nueva**

Comencemos con Dioniso como dios del vino, como inventor del alimento líquido. "El día de su fiesta, en la fecha fijada en el calendario para su llegada a los altares y a los templos, ocurre a menudo que Dioniso haga crecer la vid en un día, brotar el vino ya preparado de la tierra desnuda o aún que haga hervir el licor embriagante en las cubas herméticamente selladas. El dios que viene entonces trastorna la temporalidad regular de las estaciones, perturba las mediaciones técnicas de la viticultura y de la fabricación del vino" (Detienne, 1986: 81/82). Estas apreciaciones nos introducen en las relaciones existentes entre las variaciones del clima y su llegada a cada lugar, donde no es arbitrario asociar, a sus cambios, los territorios y la vida. Ella se ve sujeta a avatares, a transformaciones, y es quizás, Dioniso, el dios que mejor revela esas mutaciones, que guardan en su seno lo imperecedero de la vida misma. Su mito, por otra parte, enmarca estas circunstancias, ya que la vida y la muerte parecen ligadas a sus cultos más arcaicos.

Por otra parte, las dionisias, fiestas dedicadas a Dioniso, nos ilustran acerca de los aspectos mencionados: “En las dionisias no se hace sino rendirle lo debido ofreciéndole las primacías de todas las cosas. Hay en Dioniso una inclinación que lo coloca en compañía de las *Estaciones*, de las *Cárites*, de las potencias del cambio y de la circulación de la vida” (Detienne, 1968: 123). Aquellas fiestas, en honor a Dioniso, parecen haber reflejado esa circulación de la vida, donde el cambio es su principal protagonista, pues la aparición de un nuevo tiempo traía un nuevo clima, y este, a su vez, los frutos que la tierra prometía gracias a aquel cambio, y a la muerte de un clima que no era el propicio. Vida y muerte danzaban retroalimentándose, viviendo cada una de la otra. Así, el ciclo se completaba. Mientras se invoca y ritualiza a la divinidad, la vida, en su sentido indestructible, sigue su curso. Dioses y hombres, a pesar de las distancias, en un punto quedan engarzados en la esfera del devenir. Pero, sólo en un punto, ya que el hombre sabe que inexorablemente se perderá en ese devenir, aunque, por un momento, padezca esa vida infinita. Siendo, Dioniso y su culto, quizá, el representante más conspicuo de dicha vida. Con respecto a ella, necesitamos hacer una aclaración guiados por Kerényi quien realiza, desde la gramática griega, una distinción entre los términos *zoé* y *bíos*, en la que *zoé*, sería el sentido inmediato que nosotros pretendemos darle a esa vida indestructible; y a Dioniso como su manifestación. “El significado de *zoé* es la vida *sin más caracterización*. Cuando, en cambio, se pronuncia la palabra *bíos*, «suenan» otra cosa. [...] lo que «suenan» es la *vida con su caracterización*” (Kerényi, 1994: 14). Amparados en esta abundancia semántica, iremos recorriendo los movimientos de Dioniso y de una de sus plantas preferidas: la vid.

Guiados, entonces, por esta aclaración, podemos inferir que el argumento mítico precedente nos permite ricas relaciones entre el clima, la cosecha, la introducción de cultura, y la *zoé*. Más aún, si tenemos en cuenta que Dioniso es el dios del alimento líquido, las fiestas en su honor, como las dionisias, parecían imprescindibles para la satisfacción de una necesidad primordial como lo es el alimento, tanto líquido como sólido. “Tiresias, el adivino ciego, anuncia la verdad teológica del dios que se revela en Tebas, ‘Hay dos principios fundamentales para los hombres. En primer lugar la diosa Demeter o la tierra, cualquiera sea el nombre que se le de. Ella es la nodriza, la potencia de los alimentos sólidos para los mortales. Viene a continuación, pero con igual poder, el hijo de Semele, que inventó e introdujo entre los hombres el alimento líquido, la bebida obtenida del racimo: ella apacigua las angustias de los pobres humanos” (Detienne, 1986: 62).

Pero quedarnos en la materialidad que representa la viticultura (sin restarle, por supuesto, la importancia adecuada) nos haría perder el horizonte de aquella otra dimensión que preanunciaba la vida que ‘transita por debajo’, vida en la que no habita la muerte. Esa vida de un movimiento perpetuo, que Dioniso caracteriza fielmente desde la itinerancia y el ocultamiento, rasgos suyos esenciales.

## **El mito y la muerte**

Relatemos algunos mitos que lo hacen introductor del alimento líquido, para luego ver ambas metamorfosis, la del vino y la del dios, ligándose en un tejido, cuya trama plasma la necesidad de los ciclos, o, como dijéramos renglones anteriores, la *vida sin caracterización* o *zoé*.

Por ejemplo, el mito de Icarion muestra cómo el cadáver de éste fue encontrado por su perra luego de que sus vecinos lo mataran por creerse envenenados por la bebida que él mismo les suministró, luego de haberle sido obsequiada por Dioniso. “Dejando en la morada de Icarion antes de desaparecer, y aún quizás sin haberse hecho reconocer, una cepa que le había prometido al dueño de casa, que servía para obtener una bebida poco común si seguía sus consejos” (Detienne, 1986: 64). Vemos que, el relato mítico, además de dejarnos entrever la vinculación de la epifanía del dios con la entrada de una bebida poco conocida, conserva en su interior la norma de acceso a esta donación divina. El mito conduce, en principio, a un desenlace trágico. “Icarion convida al vecindario a degustar vino nuevo. Se bebe, se maravilla del líquido perfumado; pronto se cantan las alabanzas al fruto de la ‘madre salvaje’. De súbito, un bebedor cae hacia atrás, otro se desploma, la ebriedad hace vacilar a los más robustos, y los que están todavía de pie se ponen a gritar al asesino y envenenador. Se arrojan sobre Icarion y lo golpean salvajemente” (Detienne, 1986: 64). La volcánica bebida dejada por Dioniso, evidentemente, no había sido reconocida en la plenitud de su poder. La norma fue alterada, es decir, la mezcla del vino no guardó los límites propicios. Posteriormente en la tierra se encontró el cadáver de Icarion, este hallazgo fue: “el fundamento de la viticultura: un sarmiento que había crecido hasta convertirse en árbol” (Kerényi, 1994: 115). De lo muerto nació lo vivo. Dioniso como expresión de la vida indestructible parece patentizarse en este mito, donde la muerte no tiene lugar; inscribiéndose, tanto el poder de dicha vida y el de Dioniso, en un mismo plano. “El mito no puede separarse del rito (el uno es expresión del otro, la palabra expresa el acto y el acto, la palabra) que los introductores del sarmiento y del vino, quienesquiera que fueran y dondequiera que estuviera su lugar de origen, transmitieron a los futuros viticultores de esta zona” (Kerényi, 1994: 115). Dos líneas discursivas podemos abrir desde esta perspectiva: la primera, hace del mito el elemento fundante y trascendente de la epifanía, haciendo que cobre sentido, en este caso particular, la introducción de la planta y de la bebida; la otra línea de discursividad marcha en el sendero de los límites y del aspecto cruel que parece encerrado en las entrañas del mito dionisiaco. En él hay siempre una alteridad que se oculta y emerge. Un poder que nunca descansa, que adquiere formas repentinas para pronto desaparecer. Es, quizás, lo que quiere decirnos Kerényi, con: “Dionisios es la realidad arquetípica de la *zōé*” (Kerényi, 1994: 95).

La dirección que perseguimos nos empuja a encontrar el maridaje entre Dioniso, la planta de vid y su fruto, con ese poder inefable de la vida en el sentido ya mencionado. Verdaderos poderes sin limitaciones. Nacimientos que vienen de la muerte, y vida que conduce a una muerte que es aparente. Vimos, párrafos anteriores, en el mito sobre la muerte de Icarion y la llegada del vino, cómo un acontecimiento se enlazaba irremediabilmente con el otro, pero no en un enlace causal, racional, sino vital, en el sentido de *aitia*, como lo irremediable. Es la vid la que se afilia a su modo de ser. “La vid y la hiedra son hermanas que se desarrollan en direcciones opuestas y que, sin embargo, no pueden negar su parentesco. Ambas pasan por una maravillosa metamorfosis. La vid parece muerta en la estación fría y, seca como está, se asemeja a un tronco inútil hasta que, iluminada por los rayos renovados del sol, se convierte en un verde exuberante y estalla en un jugo fogoso e inigualable” ( Cf. Kerényi, 1994: 57). Recordemos aquí, que en el relato sobre el mito de Icarion, el cadáver se convertía en la fuente de la vida

de la planta que daría luego el líquido que tiene el color de la sangre.

### **Vino: reconocimiento, ambigüedad y poder**

En otro aspecto, volvamos a ciertas peculiaridades dionisiacas, nos referimos a la ambigüedad y la crueldad. ¿Acaso no la hemos visto sobrevolar la vecindad de Icaros? En dicho acontecer quedó comprometido el dios, su planta y el jugo venenoso que se extrajo de ella. La ambigüedad, en dicho suceso, radicó en dejarles la libertad a los hombres de un acercamiento a la bebida fogosa; y la crueldad, quedó expresa en la muerte violenta del anfitrión. Así, el vino se transformó en un veneno, los hombres desconocieron su terrible poder cuando estuvo puro. Ignoraban cuál era la mezcla que lo convertiría de veneno en 'alimento' líquido. "A los hombres les corresponde hacer la experiencia del vino puro, la bebida que arde con todos sus fuegos, el brebaje que siembra la muerte helada como la sangre de toro ofrecida en las ordalías. [...] deja a los hombres el cuidado de descubrir el poder del vino y del dios que lo habita, sin mostrarse él mismo jamás de frente" (Detienne, 1986: 65).

En cambio, en el Atica, otra es la actitud de Dioniso, pues culmina con una recepción oficial, debido al buen trabajo ejercido por el oráculo de Delfos, que recuerda a los atenienses lo sucedido en el país de Icaros. La recepción se organizó "en la mesa del rey Anfición y con los dioses de la ciudad. Los mismo sin duda que un oráculo délfico enumera al prescribir no olvidar a Bacos, el dios de los frutos maduros (*horaia*), formar coros, brindar cráteras [...] La entrada de Dioniso se hace por la puerta del Depilón, donde se abre la vía de las grandes procesiones, de los cortejos festivos cuando la ciudad entera se da el espectáculo de sí misma" (Detienne, 1986: 69/70). Distinta manera de manifestarse del dios ante un trato diferenciado por parte del rey Anfición. Mientras a éste, Dioniso gozoso de los honores ofrecidos, como sinónimo de **reconocimiento**, le revela el arte de beber el vino, de la buena mezcla, de gustar la bebida nueva revelada a la humanidad. En Icarión, se generó una situación distinta, desgracias y muertes siguieron la ira de Dioniso. Por tanto, la cautela será un factor fundamental para acceder al vino.

La acción del líquido rojo, al igual que la de Dioniso, estará sujeta al reconocimiento. Llevado este argumento al vino, la medida en la mezcla será imprescindible, para que no aflore el aspecto cruel que anida en la bebida ambigua. Dependerá de la mezcla, que los hombres sepan o no hacer de ella, la que les dejará ver el rostro de en un brebaje mortal o el de un bálsamo. La buena mezcla para el vino, y el reconocimiento a Dioniso evitan la desmesura divina, que, recordemos, como manifestación de la *zoé*, carece de límites.

La precaución se va a transformar en una regla inexorable, tanto sea para acercarse al dios como a su bebida. Aparecen así, nuevamente, algunos conceptos ya vertidos: la lejanía, su poder y la ambigüedad de su presencia. Ambigüedad que dependerá del modo en que el hombre acorte la distancia que lo separa de la divinidad. En el caso del vino se presentará algo similar, no olvidemos que en la mencionada bebida se encuentra el dios mismo, con los atributos de efervescencia y poder.

De este modo, cierta analogía parece presentárenos entre el acercamiento a Dioniso y al vino. La misma precaución que hay que guardar frente a la figura de Dioniso, se debe tener cuando se bebe el fruto

de la vid. El vino bien mezclado es una bebida segura, lo contrario lleva a la muerte. “el vino es una sustancia en la que se mezclan la muerte y la vida considerablemente aumentada, donde se intercambian el fuego ardiente y la humedad que apaga la sed. Tanto el vino como dicha divinidad, cobijan en sí las más complejas contradicciones. La vida y la muerte se ocultan tanto en la divinidad como en líquido rojo. Es éste, un remedio tanto como un veneno, una droga por la cual se sobrepasa lo humano o se vira hacia la brutalidad” (Detienne, 1986: 73). En Dioniso y en el vino es connatural la relación de respeto y temor. La medida parece estar en el corazón mismo de ambos. El no reconocimiento de la medida ritual, lo llevará a desnudar su terrible poder, y, el no reconocimiento de la medida para obtener la buena mezcla del vino, producirá, del mismo modo, cualquier atrocidad. Frente al anarquismo y desorden que la aparición del dios produce, él sustenta, sin embargo, una norma inviolable, intrínseca a su personalidad y de la cual emana un poder sin límites: según el comportamiento humano, él se mostrará. Sin acotarlo a su carácter del dios de la exaltación debemos, sin embargo, concluir en que su actitud no es benigna ni dañina, es, simplemente, la zoé revelándose desde las profundidades, en la espontaneidad de una epifanía, tal como el vino, buscando encenderse en las profundidades de sí mismo.

Poder y espontaneidad mantienen en estado agónico el devenir dionisíaco. Es el poder de la tierra que de un ‘salto’ hace surgir súbitamente la planta que se metamorfoseará en el alimento líquido. Así, podemos decir que el Vino Puro es acompañante fiel de Dioniso, y lo es, pues en ambos se da un poder que debe ser mitigado, calmado, disminuido. En la divinidad, con honores que simbolicen reconocimiento; en la bebida color sangre, mediante la mezcla que lo hará ‘potable’ y vigorizante a cambio de la bebida desgraciada de Icarión. “En adelante, por gracia de Dioniso, lo dicho de Anfiction es la regla del banquete: después de haber comido alimentos sólidos, carne y pan, que se ofrezca a cada uno un dedo de vino puro a fin de gustar y probar su poder. [...] Mezclar es la única palabra de orden para la continuación de las ceremonias” (Detienne, 1986: 75/76).

## **Conclusión**

Por último, quisiéramos hacer hincapié en una de las características del vino, ya mencionada en una cita anterior: la dulzura, otro rasgo de su ambigüedad. Es, el vino, además de un poder que puede matar, una bebida dulce que vuelve a poner de manifiesto su temperamento ambiguo. Pero, creemos, es esa ambigüedad la que mejor representa a Dioniso como “síntoma” de la zoé, pues la dulzura que embriaga lleva al hombre a un contacto con esa vida que todo lo atraviesa. Dioniso, al otorgar al hombre dicha bebida, lo lleva a penetrar la vida en su densidad más exquisita y más atroz, remitiéndolo a esa otra dimensión sin espacio ni tiempo, donde la muerte parece vedada. Entonces el vino, fiel acompañante de Dioniso, sería, junto a las mujeres, la serpiente y el toro, según Kerényi: “los síntomas de un estado dionisíaco agudo creado para sí misma por la zoé” (Kerényi, 1994: 50).

## **BIBLIOGRAFIA**

- DETIENNE, Marcel. 1986. *Dioniso a cielo abierto*. Barcelona, España: Editorial Gedisa S.A.
- EURIPIDES. 1951. *Obras Dramáticas*. Buenos Aires: El Ateneo editorial.
- KERÉNYI, Karl. 1994. *Dionisios. Raiz de la vida indestructible*. Barcelona: Empresa Editorial Herder, S.A.  
2da. Edición, 1998.
- NIETZSCHE, Friedrich. 1989. *El origen de la tragedia*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Siglo Veinte.